

Ciento veinte rostros ilustran la cultura del 'barrio bravo'

Traen 'color' de Tepito

Tepito a través de su gente: el orgullo del "barrio bravo" trasluce en sus personajes, retratados por Francisco Mata en "Tepito ¡bravo el barrio!" (Océano/Trilce). Rostros emblemáticos como El Púas o El Tirantes y personajes que salen del anonimato para celebrar un gran retrato colectivo.

'El Tirantes'

'El que no canta, baila'

Dora Luz Haw

"Lo más importante de una entrevista es que siempre haya un ambiente chingón", dice Arturo Ayala Plascencia (1950), mejor conocido como "El tirantes", quien se niega a platicar en otro sitio que no sea su casa, un apartamento en Peralvillo 15, en una de las vecindades más antiguas del barrio.

Liliana "La china", una joven que duerme en una plazoleta cerca del Metro Hidalgo, lo espera en casa con unas tortillitas y salsa.

"Es bien linda, de veras que sí. Pero así como ella, tengo varias", dice el bailarín soltando la carcajada.

El tirantes, personaje en el que se inspiró Héctor Suárez para la película *Lagunilla mi barrio*, se viste de pachuco desde que era joven.

"Las mujeres me dicen 'Tirantes, ¿bailamos?', y yo respondo. Si



► El Tirantes a la entrada de su casa, espacio que le resulta todo un orgullo.

mi amor, pero no me voy a apretar mucho", bromea mientras bebe fresco con alcohol de caña, a 12 pesos el medio litro.

Hace más de una década se divorció de su esposa, madre de Xóchitl y Laurita (amas de casa), así como de Arturo, licenciado en economía; Paco, cantante y bailarín, y Oscar, ahijado del salsero Oscar de León.

"Un día su promotor me mandó a recogerlo al Aeropuerto. Me hice amigo de él y sus músicos. Siempre le dije 'compadre'. En una ocasión fui a verlo al Palacio de los Deportes y vio a mi esposa embarazada, así que me dijo, 'Pues vamos a hacerla efectiva, seamos comadres', y me bautizó a mi hijo", cuenta.

Le gusta sentirse famoso y que la gente lo saluden en la calle.

"Me fascina bailar, es mi vida. La

fama es bien bonita, pero está bien difícil vivir con ella. Uno no siempre tiene el humor de atender a la gente", dice el bailarín que vende discos piratas afuera del metro Hidalgo.

Su charla es desordenada. Difícilmente contesta a las preguntas porque prefiere contar los anécdotas que más le gustan. Con más de un cuarto de litro de alcohol encima, corta la entrevista y se dirige, dentro de la vecindad, a un cuarto sin techo en el que crecieron árboles. Es su "jardín", un espacio donde colocó una sala y una hamaca que utiliza, dice, cuando quiere estar solo y desea pensar.

"Me siento muy orgulloso de haber nacido en el corazón del barrio. Aquí en Tepito todos somos artistas. El que no canta, baila o recita, pero ningún tepiteño se queda sentado".

Salvador Gallardo

'La avaricia me ayudó'

Dora Luz Haw

A pesar de que su taller cuenta con más de 20 mil piezas automotrices, se encuentra muy ordenado. En la parte superior tiene una recámara, una sala y un comedor que él mismo diseñó y que están hechos con algunas de las piezas que vende.

Salvador Gallardo (1947) realiza desde hace más de una década adornos y muebles aprovechando estos materiales que en muchas ocasiones son de desecho, gracias a que le copió a uno de los soldados de David Alfaro Siqueiros.

Nacido en Azcapotzalco, pero vecindado en Tepito desde adolescente, Gallardo cuenta que vino a trabajar con él un empleado de Siqueiros, del que no recuerda su nombre, y que conoció en la planta de la Dina donde pepenaban desechos.

"Me gustó y comencé a crear mis propias piezas. Mis trabajos se expusieron ya en el metro Salto del Agua, así como en la Galería José María Velasco", platica.

Bromista y dicharachero, presume sus zapatos bicolor con los que antes bailaba. Mientras toma agua de sandía cuenta que el alcoholismo lo llevó a separarse de su esposa, aunque gracias a los grupos de ayuda ahora es sano y feliz.

"Me encantaban las verbenas y convivios en Tepito. Mi madre compró una tienda de abarrotes y yo me vine con ella, pero trabajaba sólo de



► Gallardo presume la cama que hizo con refacciones y que exhibe en su taller.

vez en cuando porque lo que más me gustaba era andar de vago", cuenta.

Se casó con la hija del sastre y siguiendo los pasos de su padre, comenzó a realizar objetos en piel, que tenía gran auge en la época de los hippies, pero esto no le permitió vivir bien, así que trabajó como mesero.

"Ahí me hice más vago, pero en el 74 un cliente que no quería pagar la cuenta, me dio una puñalada. Tuve que buscar otra opción así que me metí a coyotear refacciones automotrices", cuenta.

Cuando era mesero los clientes con más dinero eran los contrabandistas de partes automotrices.

"Me costó mucho trabajo, pero aprendí. La avaricia me ayudó. No más que no quise entrarle a lo robado porque aquellos que suben rápido también caen rápido", asegura.

Le preocupó el dinero en algún tiempo pero ahora piensa que no es lo importante.

"No nos damos cuenta de que te-

ASÍ LO DIJO

Quise quedarme en Tepito porque descubrí una unidad muy fuerte entre los vecinos que no había en otros lados y porque me gustó la tradición de los talleres familiares".

Salvador Gallardo
Comerciante de refacciones

ner nuestros cinco sentidos nos permite ser ricos. Lo verdaderamente importante de la vida no es tener cosas, sino bailar, hojear un libro y querer a la gente. Eso me hace sentirme verdaderamente un millonario".

ASÍ LO DIJO

Hay muchas cosas que no me gustan de Tepito, pero no quiero hablar de eso, porque me gusta expresar lo bonito del barrio, su cultura, la gente honesta. No me gusta hablar de lo oscuro", dice arrastrando la voz.

Arturo Ayala Plascencia
"El Tirantes"
Bailarín

Arraigo y orgullo

Erika P. Bucio

Se instaló con su estudio portátil en las calles de Tepito, usando las lonas y fierros de los puestos callejeros. Poco a poco, atraídos por el boca a boca, desfilaron ante su lente los personajes emblemáticos del barrio, llegaron casi 700 en poco más de 18 meses.

Invitado por la Galería José María Velasco, Francisco Mata armó la imagen colectiva del barrio a partir de los retratos individuales.

"Ser tepiteño significa ser una persona con mucho arraigo, orgullo de su barrio, porque Tepito desde los orígenes de la historia del Valle de México ha sido un lugar asediado y acechado, en diferentes momentos de la historia lo han querido borrar y transformar, y es desde siempre, un territorio de resistencia", afirma.

La generosidad del barrio, situado a ocho cuadras de Palacio Nacional, le quedó grande al proyecto, dice. Lo invitaron a vecindades, santuarios y hasta "puntos calientes" de la venta de droga y fabricación de piratería.

"Habrán dicho ¿este pendejo quién es?", ríe Mata quien antes recogió en *México-Tenochtitlan*, la cultura popular de la urbe.

Admite que aún tiene una deuda por salir con *El Tirantes*, narrador del video que acompaña a la exposición *Tepito ¡bravo el barrio!*, que itenera por el País.

"Al terminar la entrevista con él, me invitó a irnos de farra y me dijo que él pone las 'pieles'... aun no lo hemos hecho".

Ya se ha dicho que la obra de



► Ernesto Hernández Ramírez, 47 años, hojalatero.



► Reyna Guadalupe "La Guerrillera", 35 años, vecina y comerciante.



► Jorge Zamora González, 45 años, ayudante de fábrica.



► El filme se presenta hoy a las 18:00 horas en la sala 3 de Cinemex WTC.

FIGCO:

'El hombre robado'

Una revisión de la cultura argentina

Rafael Aviña

El hombre robado (2006), ópera prima del joven realizador de 26 años, Matías Piñeiro, luego de su participación en el filme colectivo documental, *A propósito de Buenos Aires* (2006), resulta un atractivo experimento argumental bajo el barniz de una suerte de agrí dulce comedia femenina, que propone una inteligente revisión de la cultura argentina opuesta a los clichés típicos de aquella nación (el tango, los gauchos, el fútbol), y sobre todo, una muestra muy diferente de aquello que ha mostrado el cine argentino contemporáneo.

De entrada, su película, muy en deuda con el cine de la *nueva ola francesa*, en particular con las primeras obras de Jean-Luc Godard, Jacques Rivette o Eric Rohmer, se sitúa en el extremo opuesto de aquel otro cine argentino de aspiraciones comerciales e internacionales como lo serían: *Nueve reinas*, *El hijo de la novia* o *El aura y a su vez*, de aquellas obras atípicas e inquietantes de un novísimo cine porteño como sería: *La niña Santa*, *Vladimir en Buenos Aires*, o *XXY*, aunque cercano a aquel notable y sensible medimetraje *Mediáneras* de Gustavo Taretto.

Filmada en 16 mm., y en un elegante blanco y negro, *El hombre robado*, está repleta de referencias políticas, históricas, literarias -del siglo 19 y 20-, música culta, e incluso botánicas, alrededor de una trama compleja aunque aparentemente sencilla, en la que se cita a Sarmiento, Borges, o Macedonio Fernández y cuyas locaciones incluyen por ejemplo: el Museo de Arte Español Enrique Larreta, el Museo Histórico Sarmiento o el Jardín Botánico, donde tienen lugar una serie de extraños cruces entre personajes que intentan sobrevivir económica y emocionalmente en un Buenos Aires moderno en el que se respira el peso de lo antiguo.

Mercedes Montt (María Villar) es una empleada y guía del Museo Larreta. En sus ratos libres se dedica a la lectura del libro de Domingo Faustino Sarmiento, *Campaña en el Ejército Grande*, el cual aplica a la vida sentimental y laboral de aquellos que la rodean: su novio Leandro (Daniel Gilman), su amiga Leticia Lamadrid (Romina Paula), el novio de su amiga, Andrés Rademil (Francisco García Fauré) y la amiga del novio de la amiga, Clara Virasoro (Julia Martínez Rubio). Además, Mercedes con la simpatía innata que sostiene a su personaje, se dedica sin culpa ni complejo alguno, no sólo al robo del patrimonio del museo que malbarata en las tiendas de "segunda mano", sino a la conquista del novio de su amiga Leticia.

Si Mercedes y Leandro trafican con el patrimonio del Museo, Clara se plagia libros antiguos para escribir cartas de amor. A su vez, Mercedes cita de memoria pasajes del libro de Sarmiento para mostrarle a Leticia cómo utilizarlos para aprobar entrevistas de trabajo. Lo interesante de *El hombre robado*, es precisamente, la manera en que lo antiguo y lo moderno, el pasado y el presente cohabitaban y se mezclan, en un filme tan original como riguroso y entretenido, que evita a toda costa cualquier dejo de nostalgia y sobre todo de solemnidad.

Recomendamos también para hoy: *La soledad* (2007) de Jaime Rosales, *Loren Cass* (2007) de Chris Fuller y *Elvis Pelvis* (2007) de Kevin Aduana.

ANDAR Y VER

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ
http://blogjesussilvahezogm.typepad.com

Reyes y la cordialidad

Si el ensayo es el género de la cordialidad, Alfonso Reyes sigue siendo nuestro máximo ensayista. En sus paseos se encuentra esa hospitalidad que es el sello de la identidad ensayística. Sus artículos no dictan cátedra, no sermonean, tampoco riñen. Ofrendas de amistad. El conversador continúa la palabra de otros, acompaña, ayuda.

Para el temperamento literario, escribió en algún lado, escribir es respirar. No es respiración por ser simple espontaneidad fisiológica, sino por ser un lavado del ánimo: la combustión de los rencores, transformación de la inquina venenosa en oxigenada divergencia.

El ensayo es el hijo caprichoso de una cultura abierta, dijo Reyes al

describirlo memorablemente como "el centauro de los géneros." Mestizaje del arte y la ciencia, en el ensayo hay de todo y cabe todo. Caben todos, agregaría. Si Montaigne abrió el espejo de sus cuadernos para que cupieran todos los Montaignes que él era, la prosa de Reyes es la calle por la que puede caminar todo mundo. Cuando el regionomantano ingresa al terreno de la polémica no incurre en la burla ni le tienta la posibilidad de descuartizar al otro con un párrafo intransigente. Por el contrario, rehuye el imán de simplificación y rechaza las incitaciones de los extremos. La honestidad del escritor le impide pensar como si las cosas tuvieran solamente una cara.

Los académicos insisten en verlo en falta: no aparece su obra cumbre, no publicó ese libro indispensable, no aportó el texto canónico.

No era el especialista nutrido en las fuentes originales, no hablaba griego, escribía de oídas. Absurdas críticas para el ensayista. Lo importante de la prosa de Reyes es la carretilla, no el bulto de los ladrillos que transporta, ha respondido bien, Gabriel Zaid: "Un inspector de centauros difícilmente entenderá el juego, si cree que el centauro es un hombre a caballo; si cree que el caballo es simplemente un medio de transporte. El ensayo es arte y ciencia, pero su ciencia principal no está en el contenido acarreado, sino en la carretilla; no es la del profesor (aunque la aproveche, la ilumine o le abra caminos): su ciencia es la del artista que sabe experimentar, combinar, buscar, imaginar, construir, criticar lo que quiere decir, antes de saberlo."

Ya se ha dicho que la obra de

Reyes ha encontrado enemigo en sus obras completas, kilos de papel tapiado. A su rescate ha venido una legión de antologías que dan muestra de su genio. La más reciente es la colección Capilla Alfonsina editada por el Fondo de Cultura y coordinada por Carlos Fuentes. Libritos que recogen el arco de sus curiosidades y pasiones. Hasta el momento han aparecido tres volúmenes: *México*, con un estupendo prólogo de Carlos Monsiváis, *América*, introducido por David Brading y *Teoría literaria*, comentado por Julio Ortega. Las tres pequeñas compilaciones rescatan la vivacidad de una pluma crucial de nuestro siglo XX. En su liviandad, cada libro acentúa el aire y la claridad de una escritura que no debe sepultarse en un mausoleo de pasta dura.

El ensayo de Reyes expresa una

victoria sobre el odio. Un hombre que se recuerda mutilado tras el sacrificio de su padre ("una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo") se reconstituye a través de una escritura sin rabia ni codicia. Su ensayo puede leerse como el mejor contraveneno del odio que insisten en inyectarnos. No lo redacta ninguna manía, ninguna pose ostentosa, ninguna misión vengadora, ninguna cruzada de iluminado. No escribe contra otros: conversa con muchos. Su obra es una apuesta por la convivencia en un país desgarrado por la barbarie. "Tomar partido es lo peor que podemos hacer," escribe en su *Discurso por Virgilio*. La discordia es el error.